

DIRECTOR-PROPIETARIO

Don José Martínez Tarnel

REDACTORES

D. José Frutos Escosa.

D. Mariano Peral García

EL DIARIO DE MURCIA

CENSOR ECLESIASTICO

Y CONSULTOR DE LA REDACCION

Sr. Doctor Don Eusebio Alguazil

Aprobado por

de esta S. I. Cathedral.

DIRECCION. CALLE DE LA SOCIEDAD, 10. PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES. NUMEROS SUeltos CINCO CENTIMOS



XIV ANIVERSARIO
DEL SEÑOR

DON TOMAS ALVISTUR HURTADO

QUE FALLECIÓ EL DIA 18 DE ABRIL DE 1885

R. I. P.

EN SUFRAGIO DE SU ALMA
Y DE LA DE SU ESPOSA LA SEÑORA

DOÑA MARIA DE LAS NIEVES TORNERO SANCHEZ

QUE FALLECIÓ EL 18 DE DICIEMBRE DE 1898

Se dirán misas desde las seis hasta las doce de media en media hora hoy 18 de los corrientes en la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, aplicándose tambien todos los demás cultos que en dicho dia se celebren en dicho Templo.

Sus deseconsolados hijos DON JOSÉ Y DOÑA LUISA ALVISTUR TORNERO, suplican á sus amigos la asistencia á alguno de estos cultos y que pidan á Dios por el eterno descanso de sus queridos padres; en lo cual recibirán especial favor que por adelantado agradecerán.

Murcia 18 de Abril de 1899.

Los Excmos. é Ilmos. Sres. Arzobispos de Sevilla y Granada y Obispos de Cartagena-Murcia, Málaga, Jaen y Guadix y Baza; se han dignado conceder 80 dias los dos primeros y 40 los cuatro últimos de indulgencias á todos los fieles por cualquiera misa que oyeren, Comunion que hicieren, recitaren el Padre Nuestro y Ave Maria con Requiem, ú otra cualquier obra de piedad ó caridad que practicaren en sufragio de dichos señores.

Teatro de Romea

OTELLO

Los que alcanzaran á ver el otro «Otello», recordarán que después de una sinfonía muy larga y muy bonita y después de una introducción en un *fa mayor* inalterable, y tras una muy solemne marcha triunfal, apareció el héroe cantando un largo recitado al que seguía, como era natural, una gran *aria* mucho más larga todavía.

Pues bien; mirando hoy aquella partitura, no parece solo música antigua, sino música de la antigüedad; ha sido tan grande y tan rápida la transformación, que no parecen otros sino siglos los que median entre una y otra.

Y todo esto en el intervalo de una vida. Porque cuando Verdi, joven aun y desconocido, se presentaba en la Escuela de Milán llevando bajo el brazo su «Nabucco», aquella partitura, primera revelación de su genio maravilloso, tenía como el antiguo «Otello», su gran sinfonía, su coro de introducción y todas las demás formas acostumbradas del antiguo régimen musical.

Pero la revolución ha entrado tambien por aquí, barriéndolo todo, arrasando el edificio entero del arte antiguo, sin dejar rastro, ni forma, ni sombra, siquiera, de lo que fué.

Y ahí está, para probarlo, el «Otello» de Verdi.

Tras una escala, brevísima como un relámpago, suena en la orquesta

un fuerte acorde disonante que se pierde poco á poco como diluido en arpeggios de séptimas. Parece un trueno que retumba y que se va alejando por el espacio.

En *continenti*, se levanta el telon y empieza la ópera en plena tempestad. Allí está el coro de chipriotas esperando á Otello, mirando ansiosos el airado mar y celebrando con cantos de victoria la llegada del moro triunfador.

Y allí está la orquesta, la grande orquesta, para describir, para pintar con un realismo maravilloso la tempestad que ruga en el cielo y en el mar. Nunca recuerdo haber oido en nuestro teatro un trozo de música tan difícil y tan bravamente ejecutado. ¡Lástima que no haya en aquellas escenas primeras de la ópera, ocasion adecuada para aplaudir calorosamente á tan notables profesores!

La impresion que produce todo esto, al que por primera vez oye esta ópera, más es de asombro que de placer. Solo al fin de esta escena, el maestro se acuerda algo de lo que ha sido, y en un coro, que empieza con una *pedal en sol mayor*, aparece la melodía, que llevan las tipleas, con la seductora claridad de los antiguos tiempos.

El brindis de Yago y Casio, admirablemente cantado por Arcañgeli y por Tancí, es también una concesion al viejo estilo, y, sin duda, por eso, gustaría tanto en la primera audicion.

Después del brindis, sobreviene la

lucha de Casio y Montano, y vuelve otra vez las dificultades, hasta la segunda aparicion de Otello. Desde que este y Desdémona quedan solos en escena, la orquesta, en un largo trozo sobre *fa mayor*, tiene un interés y una belleza extraordinarios. Empieza el duo con la frase de Otello:

Guia nella notte densa sestingue ogni clamor. Esta primera frase es delicadísima y todo el duo, que es largo, es muy hermoso, aunque acaso por poco conocido nos parezca á muchos muy inferior á los duos de Aida, Cardinali y la Caligari admirables y aplaudidísimos.

El acto segundo es el menos claro de la ópera. Parece como que la sombra del odioso Yago se proyecta demasiado sobre la partitura. Esto en cuanto á la música, que en cuanto al tenor Cardinali y el baritono Arcañgeli están incomparables. El *Credo al revés*, que canta el baritono, aunque maravillosamente dicho, es tético y antimelódico. Parece imposible poner música bella á cosas tan horrendas. El coro del jardín es muy bonito y es lástima que no pueda luzir, porque los coros á gran distancia de la orquesta resultan casi siempre desafinados. Y ya hasta el fin del acto el tenor y el baritono sostienen sus papeles á gran altura, sobre todo en el brillantísimo duo final, en *la mayor*, que recuerda mucho, con gran placer de los viejos, las óperas primeras del gran maestro.

El tercer acto, acaso el más difícil de la ópera, empieza con un duo de

tip e y de tenor de melodía inspiradísima.

DESDEMONA. *Dio ti giocondi o sposo dell' alma mia sovrano*
OTELLO. *Grasie, madonna, dátemi la vostra ebúrnea mano,*

pero á medida que el duo avanza, los celos de Otello se encrespan más y más por la malhadada intercesion de Desdémona en favor de Casio, y el final del duo ya es el grito furibundo de Otello llamándola *cortigiana*. Desde el paroxismo del furor, desciende Otello al mayor grado de abstinimiento, y en este momento de la ópera hay dos grandes cosas que admirar; primero: las superiores dotes de actor que despliega Cardinali. La letra traducida dice así: «Oh Dios, podrías descargar sobre mí todos los males, la miseria, la vergüenza, hacer de mis trofeos triunfales una irrision, yo habria llevado la dolorosa cruz con tranquila resignacion... Pero, oh llanto, oh dolor! me han robado el espejo donde me miraba, la luz de mis ojos, el sol de mi vida...»

La otra cosa que hay que admirar, principalmente, es la manera prodigiosa como la orquesta describe el dolor infinito del desgraciado Otello. Contraste con esto es el duo de la risa de Casio y de Yago. Es tambien claro. De los que gustan desde la primera vez.

Sigue á esto un concertante monumental, difícilísimo. Supera con mucho al concertante de «Aida». No es hermosa, pero sí en dificultad.

Y llegamos al acto cuarto: es verdaderamente bello y sensacional. Yo le encuentro á la escencion del Saucé una ternura y un encanto tan grandes que no hay palabras con que poderlo expresar. Ya es mucho la situacion; ya es más todavía los versos hermosísimos de Arrigo Boito. Pero lo que llega á la belleza ideal es esa música que ha escrito el viejo y admirabilísimo maestro para todo este acto.

Cuando llega la última nota del *Ave Maria*, la emocion que se siente no se puede explicar. Después entra Otello. Desdémona despierta y oye que vá á morir.

OTELLO. Piensa en tus pecados.
D.— Mi pecado es el amor.
O.— Por eso tú mueres.
D.— Y por que te amo me matas?
O.— Tú amas á Casio.
D.— No; te lo juro por mi salvador.
O.— El pañuelo que te di en su mano lo he visto.
D.— Yo soy inocente.
O.— Piensa que estás en tu lecho de muerte.

Cuando después de muerte Desdémona, comprende Otello que era inocente, dice contemplándola:

E tu... come sai pallida e stanco, e muta, e bella, pia creatura nata sotto maligna stella. Fredda come la casta tua vita, e in cielo assorta ¡Desdémona! ¡Desdémona! Ah, morta, morta, morta. Tal es, relatado muy á la ligera lo

